

ODÓN DE BUEN Y EL CONSEJO INTERNACIONAL PARA LA EXPLORACIÓN DEL MAR

En esta sesión se va a hacer una glosa del profesor Odón de Buen como político y científico. No creo ser el más indicado para tratar de la faceta política de su personalidad. Me limitaré a decir sobre ese punto que creo que toda su vida se rigió por principios democráticos y liberales, entendiendo el liberalismo como lo definió el ilustre médico, historiador y ensayista Gregorio Marañón: el reconocimiento del derecho a sustentar libremente y pacíficamente opiniones y el respeto profundo a quienes no coinciden con las nuestras. Prueba de ello fue que, a pesar de su republicanismo y su pacifismo, tuvo siempre excelentes relaciones con dos monarcas, el rey Alfonso XIII y el príncipe Alberto I de Mónaco, y entre sus amigos se contaban no pocos oficiales de la Armada y el Ejército españoles y de otros países, entre ellos uno de ideas tan poco afines a las de De Buen como fue Miguel Primo de Rivera. Aunque proclamaba su no confesionalidad religiosa, estaba dotado de una recia moral y, como sin duda saben ustedes, en sus memorias alaba varias veces la caridad, la fraternidad y los valores ético del cristianismo. Como veremos más adelante, la actividad política de su juventud y su madurez le acarreó funestas consecuencias en su ancianidad.

Pero ahora quiero ocuparme brevemente del profesor como científico y como pedagogo, aunque temo que poco nuevo puedo decir a estas alturas. Como pedagogo no cabe duda de que fue revolucionario, no solo por sostener teorías que chocaban de frente con las que la sociedad de su tiempo tenía casi como dogmas, sino porque utilizó métodos de enseñanza totalmente inusuales. Así, en sus textos expuso ampliamente dichas teorías, entre las que desde luego se encontraba el darwinismo, y en su cátedra mantuvo el principio de que las ciencias naturales había que estudiarlas en la naturaleza, por lo que organizaba para sus alumnos frecuentemente sacaba a sus alumnos del aula para realizar excursiones destinadas a las observaciones de campo, como preconizaba la Institución Libre de Enseñanza, a la que sin duda conoció, aunque no recuerdo que la haya citado nunca. Desde luego, introdujo también el método experimental en sus prácticas docentes. Pero además mantenía la opinión de que no se puede desligar el estudio de los seres vivos del conocimiento del medio inanimado en el que éstos habitan, por lo que apoyaba el estudio coordinado e integral de los tres reinos (animal, vegetal y mineral) en que tradicionalmente se ha dividido la naturaleza. En este sentido se puede decir que fue un precursor del estudio de los ecosistemas.

Sus teorías y métodos didácticos le causaron más de un sinsabor y provocaron sonadas algaradas estudiantiles en su apoyo; a propósito de esto, un periódico barcelonés de la época publicó en uno de sus números una información ilustrada con una fotografía de De Buen a la que acompañaba un pie en el que se le acusaba de corromper a la juventud “con sus libracos”.

Pasando a otros aspectos de su quehacer científico diremos que siempre tuvo Odón de Buen el convencimiento de que la investigación marina, no tiene ningún sentido si no se coordina internacionalmente, en lo que fue un precursor en España pues, que nosotros sepamos, otros naturalistas que le precedieron en el estudio de los mares limitaron los contactos con sus colegas extranjeros a trabajos de formación y perfeccionamiento propios, sin intentar emprender proyectos de investigación conjuntos. La investigación marina, para que sea eficaz y útil, tiene que ser internacional y multidisciplinaria, pues el mar carece de fronteras y son inexplicables

los fenómenos que se presentan en una región marina determinada si se desconocen los de las regiones adyacentes y, a mayor escala, en todo el océano. Expresó muy bien estas ideas nuestro profesor en el discurso pronunciado durante la sesión fundacional de la Comisión Internacional para la Exploración Científica del Mar Mediterráneo con las siguientes palabras: “hacen falta estudios simultáneos en todas las zonas [del Mediterráneo] con plan común, los mismos métodos e instrumentos, todo bien pensado, madura y reflexivamente. Discutido en conferencias internacionales para que los trabajos sean comparables y mejorados sucesivamente según las experiencias de cada año”. Desde muy pronto en su carrera, por lo tanto, estableció relaciones con investigadores de otros países, principalmente de Francia y Mónaco. Y gracias a sus gestiones y al apoyo del príncipe de Mónaco se fundó la citada comisión, que se constituyó en Madrid en 1919.

Permítanme un inciso para citar otro párrafo del mencionado discurso, una pieza retórica maestra que evidencia otro aspecto del profesor en el que solo muy brevemente voy a detenerme: el de sus magníficas dotes oratorias. Al justificar la necesidad de crear la comisión dice: “Porque es urgente que conozcamos nuestro mar interior, el que nos unió en la grandeza de la Grecia artista, sabia y ciudadana; el de Roma civilizadora, poderosa, inmensamente grande; el de la Galia despierta, orgullosa, firme, siempre gloriosa y maestra; el de la España audaz, caballeresca, descubridora y exploradora de mundos nuevos, llena de ensueños y pródiga en generosidades”.

Con la constitución de esta comisión Odón de Buen quería, sin duda, llenar el vacío en materia de cooperación internacional que venía sufriendo el Mediterráneo, que se hacía más evidente desde que en 1902 empezó sus trabajos el Consejo Internacional para la Exploración del Mar (hoy conocido por sus siglas inglesas: ICES), con sede en Copenhague, en el que es muy posible se inspirara De Buen para organizar la comisión mediterránea. Constituyeron el Consejo ocho países ribereños de los mares Báltico y del Norte, a los que sucesivamente fueron uniéndose otros del Atlántico europeo pero, a pesar de que Francia era uno de ellos, los proyectos del Consejo no prestaban ninguna atención al Mediterráneo y, desde luego, no tenía posibilidad de coordinar las investigaciones en la zona comprendida entre el límite meridional del golfo de Vizcaya y el estrecho de Gibraltar porque España no pertenecía al organismo. Por eso fue invitada a adherirse a él en varias ocasiones a partir del final de la primera Gran Guerra; la adhesión se efectuó en 1924, siendo el Instituto Español de Oceanografía el encargado de ostentar la representación nacional y su director, Odón de Buen, junto con José Giral, otro eminente científico del Instituto, los primeros delegados españoles.

En la primera reunión estatutaria del Consejo a la que asistió, la del mismo año 1924, el presidente dio una cálida bienvenida a nuestro país y el profesor De Buen hizo una detallada relación de los trabajos que el Instituto estaba desarrollando en las aguas españolas, muy especialmente en la región de Gibraltar; en los años sucesivos estableció una red de estaciones para las observaciones hidrográficas en el golfo de Vizcaya junto con Francia y Gran Bretaña, para lo que el Instituto utilizó barcos de la Armada (España tardó mucho en tener un barco oceanográfico civil) se apoyó en el laboratorio oceanográfico de Santander, existente desde 1886, al que se unió el de Vigo a partir de 1927, año en que éste se fundó; los resultados de los trabajos se comunicaban regularmente al Consejo.

Odón de Buen no tardó en ver reconocidos sus méritos en el seno del Consejo; fue nombrado miembro del comité especial para el estudio de los artes de pesca que redujeran la mortalidad de las especies explotadas, se le designó miembro permanente del Comité Editorial y se le encargó de redactar un informe científico sobre un asunto cuya investigación había propuesto él mismo: los efectos de los vertidos de hidrocarburos sobre la vida marina. ¡Y esto fue en 1927! Este informe nunca llegó a ver la luz, puesto que los países miembros del Consejo no facilitaron a De Buen ninguno de los datos necesarios para elaborarlo. También en 1928 sus gestiones lograron que el Consejo, en la persona de su presidente, se implicara institucionalmente en la participación en el congreso mundial sobre Oceanografía, primero de la historia en esta ciencia, celebrado en Sevilla en 1929 y acompañado de una importante exposición de instrumentos y documentos oceanográficos.

Pero no se ocupó solo de los trabajos científicos; propuso, sin demasiado éxito, algunos cambios en la frecuencia de las reuniones estatutarias y se esforzó para que se ampliara el número de miembros de la junta directiva del Consejo, y que España, uno de los cuatro países que pagaban las cuotas más altas (los otros tres eran Francia, Alemania y el Reino Unido), tuviera un representante en aquella. La tenaz oposición de los delegados escandinavos, que consideraban al Consejo poco menos que su finca particular, frustró los intentos de De Buen; sin embargo, en 1934 se le designó para ocupar un puesto en el Comité de Finanzas, responsable de la importante tarea de preparar los presupuestos del Consejo y revisar su ejecución.

Poco tiempo pudo, sin embargo, ocuparse de su nuevo cometido, puesto que ya es sabido que el comienzo de la guerra civil le sorprendió en Palma de Mallorca, ciudad que, según es sabido, se unió al levantamiento militar. También se conoce sobradamente que Odón de Buen fue encarcelado por los insurrectos; tenía entonces setenta y dos años, y a esto es a lo que me refería más atrás cuando dije que sus ideas y actividades políticas le traerían funestas consecuencias en su ancianidad, pues se le apresó precisamente por su republicanismo, su no confesionalidad religiosa y sus teorías científicas.

Cuando su hijo Rafael se enteró del apresamiento envió un telegrama al capitán de fragata de la Marina Real Danesa Wilhelm Nellemose, secretario administrativo del Consejo Internacional para la Exploración del Mar, comunicándole la penosa noticia y solicitándole que el Consejo intercediera por la liberación del profesor. Nellemose informó inmediatamente al entonces presidente del ICES, el británico Henry Maurice, quien se puso en contacto con los delegados de los diferentes países para pedirles ayuda. Aunque todos la prestaron, fueron los Gobiernos británico y danés quienes por mediación de sus cónsules en Mallorca llevaron el peso de las gestiones. He tenido ocasión de consultar copias de la correspondencia intercambiada al respecto entre dichos cónsules, sus respectivos Gobiernos, Maurice y Nellemose y puedo dar fe de que todos se desvivieron por lograr la liberación de Odón de Buen; no solo eso, sino que también se preocuparon de que se le atendiera debidamente a causa de su, para entonces, avanzada edad y de la diabetes que padecía.

Tras varios meses se consiguió que el profesor De Buen fuera canjeado, casualidades que tiene la vida, por una hermana y la hija de un antiguo amigo y alumno suyo: Miguel Primo de Rivera. El final de este lamentable episodio se conoce también: nuestro sabio tuvo que exiliarse en Francia y luego en México, donde falleció en 1945.

Menos conocido, tal vez, es que desde la primera etapa de su exilio, Banyuls-sur-Mer, escribió a Nellemose una carta de agradecimiento por los esfuerzos que el Consejo había hecho por su liberación, la cual fue leída ante el pleno del ICES en la sesión inaugural de la reunión estatutaria de 1938. Pero la vida no tiene solo casualidades; a veces tiene también sarcasmos. Por uno de ellos, esta persona tan importante para la liberación de Odón de Buen tuvo un final mucho más trágico. Cuando el ejército alemán invadió Dinamarca durante la segunda guerra mundial, Nellemose se unió a la resistencia; cayó prisionero y acabó sus días en un campo de concentración en 1944.

Quiero terminar esta breve intervención mencionando otros dos organismos internacionales en los que Odón de Buen tuvo un papel preponderante: el Consejo Oceanográfico Iberoamericano, fundado en Sevilla en 1929, y la Comisión del Océano Atlántico. El primero se constituyó tras los requerimientos de la Unión Internacional de Geodesia y Geofísica en este sentido que De Buen, miembro de la sección de Oceanografía de la Unión, trasladó al Gobierno español; se acordó que la sede fuera el Instituto Español de Oceanografía, con Odón de Buen al frente. La vida de este Consejo fue breve, pues no se ha podido encontrar ninguna referencia sobre él a partir de 1935. En cuanto a la Comisión de Océano Atlántico, tampoco sabemos más que tuvo su sede en París y que De Buen fue su presidente, aunque no la cita en sus memorias, en contraste con el Consejo Internacional de Investigaciones Científicas, del que habla profusamente, pero sobre el que no creemos oportuno extendernos ahora; suponemos que la Comisión no sobrevivió a la guerra mundial, pero carecemos de información sobre ella.

La obra más importante de Odón de Buen, el Instituto Español de Oceanografía, ya nonagenario, es un organismo conocido y estimado en todos los ambientes de las ciencias marinas; sus científicos participan en multitud de proyectos internacionales y en importantes grupos de trabajo dependientes tanto de la Comisión del Mediterráneo como del Consejo de Copenhague, de no pocos de los cuales son coordinadores; en ambos organismos han ocupado y ocupan repetidamente puestos directivos y presidencias de comités. Como él dice en el párrafo final de su *Síntesis de una vida científica y política*, no sembró en arenas estériles. De la cosecha que ha producido su siembra espero haber dado una somera idea.